



REVISTA TIPO-AUTOGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

COLABORADORES.

Asensi (D.^a Julia).
G.^a Balmaseda (D.^a Joaquina).
Gassó y Ortiz (D.^a Blanca).
Gimeno (D.^a María de la Concepcion).
Grassi (D.^a Angela).
Sinues (D.^a María del Pilar).

Alfaro (D. Manuel Ibo).
Ballester (D. Guillermo).
Barrera (D. Pedro).
Camposamor (D. Ramon).
Castillo y Soriano (D. José).

Castillo y Alba (D. Enrique).
García Santisteban (D. Rafael).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hurtado (D. Antonio).
Rafael Monroy y Belmonte.

La correspondencia se dirigirá á los Editores GONZALEZ y BALARI, Silva, 12, Madrid

CRISTÓBAL COLON

(Continuacion) (1).

Decidido á proteger á Colon el Cardenal Mendoza, á quien habia logrado interesar con largas y profundas conversaciones sobre su colosal proyecto, proporcionó al fin al célebre navegante una audiencia ante los Reyes.

Don Fernando de Aragon quiso que aquel asunto fuese estudiado y debatido segun su importancia, y dió encargo á Hernando de Talavera de que se reuniese en Salamanca una junta de los hombres más doctos en la materia, ante los cuales compareciese Colon y expusiese sus propósitos, creencias y esperanzas que por aquellos respetables varones habian de ser examinadas y discutidas.

Reunióse, en efecto, dicha junta en Salamanca, y ante ella se presentó Colon con

más ilusion y esperanza por poder presentar su ideal á hombres sabios y entendidos, de cuya ilustracion confiaba hallar justa acogida y merecida satisfaccion del desprecio con que su ciencia se habia mirado por los muchos necios que en su camino se habian mofado del pobre loco y aventurero, como ellos le apellidaban.

Varias fueron las conferencias que tuvieron lugar; pero sin poder aquellos hombres igualar al genio que sabe y puede adelantarse á la época en que vive, permanecieron apegados á las preocupaciones de su tiempo y contestaron con citas religiosas á los argumentos de la ciencia, citas que equivocadamente interpretaban segun el tiempo ha venido despues á probarnos, puesto que, segun ellas, no creian posible ni la redondez de la tierra ni la existencia de otras tierras habitadas fuera de las que entonces eran conocidas, y por estas razones la mayor parte de aquellos sabios declaró imposible y absurdo el proyecto de Colon.

(1) Véase el número anterior.

En vano éste con su constancia trató de volver á ver á los Reyes, siguiéndolos en la guerra y hasta peleando como bueno en pro de la causa de los cristianos, porque la natural condicion del campamento y los combates no permitian ocuparse por entónces de sus asuntos.

Acudió al duque de Medinaceli, y con tan buena suerte en un principio, que tuvo ya aprestadas tres carabelas de su propiedad en el puerto, para que con ellas pudiese Colon realizar su atrevida empresa; pero despues pensó que era sobrado grande para emprenderla un súbdito, siendo hazaña más



propia de la Corona, y por modestia y consideracion á sus soberanos, hubo de desistir de su primer propósito.

Desesperanzado Colon por tanto inútil esfuerzo y tan continuas decepciones como sufría, recibió cartas del Rey de Francia algo favorables á su proyecto, y decidió abandonar á España, yendo al efecto al convento de la Rábida para recoger á su hijo.

Triste le vió llegar el buen padre Marchena, y con gran pena supo sus desengaños; pero tal vez le causó mayor amargura pensar en que su patria perdería aquella ocasion, y una nacion extraña aprovecharía

la alta hazaña del oscuro aventurero de descubrir un nuevo mundo; así que, volviendo á conferenciar con sus amigos y ratificándose más aún en sus favorables opiniones, escribió una carta á la Reina, solicitando á la vez de Colon detuviese su viaje hasta conocer la contestacion.

Feliz fué el resultado, pues Doña Isabel mandó llamar al padre Marchena, que con su buen deseo y leal interes, en cuanto recibió la noticia ensilló su mula y salió á media noche en direccion á la corte. Tal fué el calor y el entusiasmo con que habló á S. A. en favor de su desdichado amigo,

que la bondadosa Reina dispuso se hiciese volver á Colon, y en su próbida consideracion, que le era tan característica, mandó que se le entregasen 20.000 maravedís en florines para que comprase una caballería y se proveyese de ropas para venir á la corte.

La constancia y entereza del hombre tiene sus límites, y Cristóbal Colon, que volvió á la corte, no pudo resistir á los nuevos desengaños; pues que al tratarse de las condiciones en que habia de realizarse la empresa, aconsejaron tan mal á los Reyes, que se tuvieron por demasiado exigentes las que él puso y no se admitieron, y entonces despidióse de sus amigos, montó en su mula y salió de *Santa Fe* á primeros de Febrero de 1492, camino de Córdoba, para partir luégo á Francia.

Gran pesar experimentaron los buenos amigos que habia ganado su mérito, y entre todos descollaron por su interes *Luis de Santangel* y *Alonso de Quintanilla*, quienes solicitando una audiencia de la Reina, que les fué concedida inmediatamente, de tal modo abogaron por la causa de Colon, y con tales colores pintaron la pérdida que experimentaban con su marcha la patria y la religion que tanto provecho pudieran haber obtenido de realizarse aquella hazaña, que la Reina, escuchando más á su corazon grande y magnánimo que á todos los sabios, poderosos é intrigantes, se decidió por fin, y viendo que su esposo D. Fernando de Aragon era adverso al proyecto y que no podia girar sobre la caja vacía del Tesoro entonces, dijo las célebres palabras que deben recordar con cariño todos los buenos españoles: «YO ENTRO EN LA EMPRESA POR MI CORONA DE CASTILLA, Y EMPEÑARÉ MIS JOYAS PARA LEVANTAR LOS FONDOS NECESARIOS.»

Despachó al punto un mensajero á caballo, con toda prisa para buscar y llamar á Colon, participándole su determinacion entusiasta, quien le alcanzó á dos leguas de Granada, en el puente de Pinos.

(Se continuará.)

LAS COSTURERITAS

CUENTO PARA LAS NIÑAS

—Buenos días, amigas mías, dijo Juanita entrando en el cuarto de Matilde y Leonor,

niñas de ocho y nueve años; yo creí hallaros en el jardín, jugando con la nieve. ¡Qué bonitos están los árboles! ¡Parecen gigantes con pelucas empolvadas! Pero ¿qué es eso que estais cosiendo con tanto afán?

—Ya lo ves, contestó Matilde; vestidos para niñas pobres; para las hijas de esa pobre mujer cuyo marido acaba de morir.

—Pero vuestra mamá y la mia, observó Juanita, le han enviado ya algun dinero.

—Es verdad, dijo Leonor; pero tiene deudas y necesita comprar provisiones: nosotros nos hemos encargado de los vestidos de las niñas Margarita é Isabel, que son más chiquitas que nosotras. Su madre, añadió Leonor mirando fijamente á Juanita, no se les sabia coser, porque cuando era niña no quiso aprender á nada, y, como tú, pasaba el día jugando y corriendo.

—Y cuando hayamos concluido, que ya falta poco, añadió Matilde, iremos nosotras mismas á llevar los vestidos á la pobre mujer.

—Ah! exclamó Juanita, ¡qué contentas se pondrán esas niñas, que llevan todos los vestidos rotos! Dejad que os ayude, y permitidme que vaya con vosotras!

Leonor dió á su amiga su costura, y le dijo:

—Aquí tienes un pedazo de dobladillo por terminar; ya que tienes tan buena voluntad, conckúyelo.

Pero Juanita no sabia ni tener la aguja en la mano; las puntadas que daba eran muy largas y muy torcidas, como que nunca habia cosido. Leonor tuvo que tomar el dobladillo y concluirlo, riéndose de ella, pues era ménos bondadosa que Matilde.

Cuando acababan entró la mamá de las niñas, y éstas le dijeron que ya estaba la costura terminada.

—¡Cómo! exclamó la señora, ¿tan pronto? Pues para recompensar vuestra laboriosidad, mis queridas costureritas, os voy á enviar á Margarita é Isabel, que están en la sala con su madre: vestidas vosotras mismas, para que tengais el placer de ver la sorpresa y la alegría de la pobre mujer.

Las dos pequeñas mendigas llegaron conducidas por una criada: tenian la una cinco y la otra cuatro años. Matilde y Leonor les quitaron los harapos de que iban cubiertas, y les pusieron su ropita nueva. Juanita las miraba suspirando, y decia:

—¡Ah! Por qué habré sido tan desapidada!

Apénas terminaban la grata tarea de vestir á las niñas, aparecieron la señora de la casa y la madre de las mendigas, que exclamó:

—¡Dios mío! ¡qué veo! ¡Son estas mis hijas? ¡Oh, noble y generosa señora! añadió queriendo arrodillarse ante la mamá de Matilde y Leonor, para besarle las manos.

—Buena mujer, le dijo ésta, nada me debe

usted á mí, sino á mis hijas. Con el dinero que yo les habia dado para dulces y juguetes, han comprado algunas telas, y como son diestras en la costura, han querido coser ellas mismas los vestidos de las niñas; y ya ve usted, añadió mirando los trajes, que no están mal cosidos, y que bien pueden ser costureras de los niños pobres.

—¡Ah, mis queridas señoritas! exclamó la



pobre mujer, llorando y besando las manos de sus bienhechoras; yo doy á ustedes mil gracias, y ruego á Dios que las recompense!

Al decir estas palabras reparó en Juanita, que toda avergonzada se habia retirado á un rincon, y le dijo:

—Perdon, señorita, no la habia visto á usted. Permítame que tambien le dé gracias.

—No, dijo Juanita toda confusa retirando su mano; yo no he trabajado nada: siempre me ha gustado más jugar que aprender, y ahora, añadió llorando, lo siento mucho.

—No llore usted, señorita, dijo la pobre mujer. Usted se halla en edad de aprender y lo conseguirá; pero desde hoy piense en mí para ser aplicada, y adquiera desde temprano la costumbre de estar ocupada. Yo he llegado á la miseria por no saber trabajar para mantener á mis hijas, y hoy tengo que aprender á coser y bordar, porque hasta la caridad llega á cansarse de socorrer la miseria, cuando ésta se halla sostenida por la ociosidad.

MARÍA DEL PILAR SINÚES.

EL TOQUE DE ORACIONES.

*Del sol el claro fulgor
el cielo apenas colora;
espira su resplandor
lo mismo que se evapora
el aroma de una flor.*

*Azulada niebla crece,
rosada luz se deshace.....
que se contemplan, parece,
una dicha que fenecer
con un recuerdo que nace.*

*Poco á poco el cielo llena
la sombra densa.....infinita,
y en una calma serena
todo calla, sólo suena
la campana de la ermita:*

*Sus lentos y tristes sonos
tienden misterioso vuelo:
van buscando corazones
que les den sus oraciones
para llevarlas al cielo.*

*Écos tristes que pasais,
referidme, si quereis,
las penas que consolais
y las venturas que veis
y los llantos que enjugais.*

*Dadme la eterna riqueza
que el sentimiento atesora;
esa divina bellezia
de una niña... cuando reza!
de una madre.... cuando llora!*

*¡Una madre! en su quebranto
vierte en doliente querella
lágrimas que valen tanto.....
que cada gota de llanto
sube á formar una estrella!!*

*Mas..... pasan los tristes sonos
sin atender á mi anhelo.....*

*¡Van buscando corazones
que les den sus oraciones
para llevarlas al cielo!*

C. L. DE CUENCA.

CARTAS DE DOS MUÑECAS.

CARTA 6.ª

ESMERALDA Á ROSITA.

Queridísima hermana mia: Con sumo placer he leído tu carta y me apresuro á contestarte, pues tienes mil razones para extrañar mi silencio, y no quiero que queden tus frases cariñosas sin respuesta.

Te agradezco mucho el pago de una deuda al referirme lo que aprendes en casa de esos niños, y en justa compensacion voy á

referirte la escena que hoy ha tenido aquí lugar con motivo de tu carta.

Gracita la ha leído y se la ha enseñado á su papá que la ha alabado mucho, y después de comer nos ha dicho:

—Ahora es preciso que Esmeralda, al contestar á su amiga, le refiera también alguna análoga noticia que sea también instructiva, y es cosa de que la pongamos en antecedentes para que pueda hacerlo.

Vamos á ver, Emilio, ¿qué te parece á tí este trozo de coral?



—Muy bonito, papá... y muy bien trabajado, porque esas ramas están muy bien hechas!

—Dirás bien pulimentadas...

—Ah! ¿no las hacen?

—No! son naturales...

—¿Con que el coral es una planta? Yo creí que era una piedra.

—Y es piedra aunque no lo es.

—¿Y qué misterio es ese de ser piedra y no ser piedra?

—Uno de los muchos que hay en la naturaleza.

—Ay, papá, explíquenos usted eso.

—Bien; lo explicaré y os daré noticia de unos notables trabajadores que son infatigables y que de seguro no los conocéis ninguno.

—¿Quiénes son?

—Unos que, como quien no hace nada, construyen islas y continentes.

—Anda! Islas!

—Sí... como por ejemplo las islas del Pacífico, donde han hecho ciento cincuenta.

—¿Son gigantes?

—Al contrario: en el hueco de una de tus manos cabría cerca de un millón de ellos.

—¿Habla usted en broma?

—No, hijos míos; esos artífices cuyas obras os admiran hasta el punto de creerlas imposibles, se llaman los *polipos*, que en número considerable viven en colonias y forman con sus *secreciones calcáreas* bancos, arrecifes é islas...

—Lo que es no saber las cosas! dijo Emilio entónces casi avergonzado.

—Ay, hijo mío, no te extrañe haber creído que el coral era un arbusto, porque sabios de la antigüedad como Plinio y Dioscórides aseguraron que lo era, y que creciendo en el fondo del mar se petrificaba instantáneamente al salir del seno de las ondas, y esta creencia de la petrificación instantánea hizo que otros muchos sabios más modernos lo clasificasen entre los vegetales, llegando uno de ellos, italiano por más señas, llamado el conde Marsigli, á escribir una Memoria en que declaraba fuera de toda duda que el coral era tan vegetal como una mata de habas, puesto que habiendo metido una rama dentro del agua la había visto *floreecer*. ¿Cómo no ha de ser vegetal, decia el bueno del conde, si tiene flores aunque no tiene hojas? Las flores del coral son blancas, añadía.

—Pero vió las flores?

—Ya lo creo!

—Luego tenía flores?

—No; tenían solamente la forma y la apariencia de tales.

—¿Pues qué eran?

—*Polipos zoofitarios*, ó para que lo entendais mejor, animalillos en forma de flor.

—¿Y cómo se supo que eran animalillos?

—Ahora lo sabreis. Segun un precioso trabajo que he leído hoy sobre este asunto, de D. Federico de la Vega, á quien debo los curiosos detalles que os estoy refiriendo, «allá por el año 1720, un médico llamado Mr. Peyssonel, persuadido de que no había tal *petrificación súbita*, y creyendo, con razón, que esas flores nacidas en una rama petrificada tenían tres bemoles y guardaban

entre sus pétalos algun magno misterio, cogió un lente y se puso á examinarlas con atencion.»

(Se concluirá.)

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA

(Continuación) (1).

MANUEL. Calla, hombre, calla; sobre lo imposible que son esas habilidades gimnásticas, ¿cómo has de haber ido en ese traje por esas calles sin ser *Carnaval*.

PEPITO. Me he vestido para representar la charada esta noche lo mismo que vosotros, porque como estamos convidados á comer aquí, ninguno irá á vestirse á su casa.

ANDRES. Sí; pero nosotros hemos venido en coche y con los abrigos puestos.

PEPITO. Ea! ¿Toda esta bulla es porque no he traído la charada? Pues voy por ella.

ELVIRA. Otra vez á lucirse!

PEPITO. Calla tú, muñeca!

JULIA. Qué galante!

PEPITO. Hasta ahora.

ANDRES. Buen viaje!

PAQUITA No tardes mucho, que te esperamos. (Vase Pepito corriendo.)

ESCENA III.

Dichos, ménos PEPITO.

JULIA. ¿Sabes, Elvira, que tu hermanito dichoso no dice mentiras?

ELVIRA. Ya, ya! Tantas como palabras. Yo no creo ya nada de lo que dice.

PAQUITA ¿Por qué no le corriges ese defecto tan feo?

ELVIRA. Porque no me hace caso por más sermones que le digo.

ANDRES. Pero tus papás no le castigan?

ELVIRA. Delante de ellos se guarda muy bien de hacerlo, porque una vez que se atrevió, le castigó papá muy severamente.

ANDRES. Manolo, inventa alguna cosa que pueda servirle de lección.

MANUEL. Tengo una idea. Puesto que no tenemos nuestra charada...

(1) Véase la pág. 70.

PAQUITA Si la va á traer.

ELVIRA. Tú le crees? Volverá con las manos vacías y nos referirá otra nueva historia.

ESCENA IV.

Dichos, y PEPITO (que entra corriendo).

PEPITO. Queridos míos, vuelvo... con las manos vacías!...

TODOS *ménos Pepito*. Ja! ja! ja!

MANUEL. No necesitas decirlo... ya lo suponíamos!

JULIA.

ANDRES.

PAQUITA } ¡¡Lo suponíamos!!

ELVIRA.

PEPITO. Pues yo no *suponia*, ni vosotros *suponiais*...

MANUEL. Ni ellos *suponian*! Sigue... Pretérito pluscuamperfecto... Yo...

PEPITO. Dejadme hablar!

ANDRES. Que hable!

TODOS. Que hable! que hable!

PEPITO. Vais á ver lo que me ha sucedido... Fui corriendo á mi casa; entro, llamo y nadie me responde. Vuelvo á llamar, y el mismo silencio, cuan-

do de pronto oigo cerca de mí un gruñido... después un rugido...

MANUEL. Y luego un estallido!!

PEPITO. Dejadme acabar!... Veo una masa negra que se mueve y se acerca, y me apercibo de que era... ¿A que no lo acertais?

ANDRES. La nada entre dos platos...

PEPITO. No es eso...

JULIA. Una sombra.

PEPITO. No.

MANUEL. Un perro?

PEPITO. No...

PAQUITA Un ladrón!

PEPITO. Peor aún.

ELVIRA. Un toro!

PEPITO. Peor aún.

JULIA. El diablo?

PEPITO. No... Un oso!!

TODOS. ¿Un oso?

PEPITO. Sí, señores, un oso grandísimo.

MANUEL. Pero hombre! ¿Un oso en una casa de Madrid! ¿A qué había ido el animal á aquel sitio?

PEPITO. ¿Y yo qué sé? ¿Tienen acaso obligación los osos de explicarme la razón de todo lo que hacen?



MANUEL. Prosigue tu *horrible aventura!*

PEPITO. El oso se lanzó hacia mí con su enorme boca abierta... Yo entonces cogí un cuchillo de cocina que encontré...

ANDRES. ¿En la escalera?

PEPITO. Sí... en la escalera... Cogí el cuchillo, y en el acto en que me acometió le metí en su boca, apoyando su mango contra la lengua y la punta, en el paladar, de modo que al cerrar la boca para morder se clavó toda la hoja... Se puso furioso y comenzó á dar saltos de rabia, y entonces yo, entusiasmado con mi hazaña, empecé también á saltar y bailar delante de la fiera.

(Se continuará.)

LOS CAMINANTES.

FÁBULA.

(De Florian.)

Iban Tomás y Fermín caminando hacia su pueblo; y halló Tomás un bolsillo bien repleto de dinero.

-¡Venemos el gran hallazgo!

Dijo Fermín al momento;

y Tomás le contestó:

-No es cierto que lo tenemos;

lo tengo yo solamente;

y se lo guardó muy serio.

Fermín calló y siguió andando,

cuando de repente vieron

unos ladrones que estaban en aquel mismo sendero.

-¡Somos perdidos, amigo!

Dijo Tomás todo trémulo;

y Fermín le contestó:

-No somos, chico, no es eso:

yo no llevo nada; adios;

componte tii con aquellos.

Tomás perdió su tesoro

á manos de bandoleros.

y así se puso á pensar,
aunque algo tarde por cierto.

*El que le niega al amigo
una parte de lo bueno,
cuando le llega lo malo
se encuentra sin compañero.*

C. V.

Á LA VÍRGEN ⁽¹⁾

Ni del pensil las perfumadas flores
Que al aura esparcen su fragante olor
Luciendo engalanada su corola.
Con distintos matices y fulgor,
Ni la fúlgida luna en su apogeo,
Ni el sol brillante en todo su esplendor,
Ni de estrellas el cielo tachonado,
Ni de la excelsa aurora el arrebol,
Ni del mundo las grandes maravillas,
Ni del piélago inmenso la extension
Se pueden comparar á tí ¡oh María!
Virgen Madre del Santo Redentor.

BRUNO SIERRA COPADO.

Piedrabuena.

CHARADAS

1.^a

Si no cumples tus deberes
sabe que... *prima tercera:*
San *segunda tres* lo dijo
y lo repite la Iglesia.
Si no atiendes mis consejos...
¡verás qué *todo* te echan!
¿No sabes lo que es el *todo*?
Pues bien; para que lo sepas...
te diré que á muchos viejos
se les pone en la cabeza.

2.^a

Prima segunda en conventos
y también en las zarzuelas;
una repetida es fruta;
prima tres tienen las bestias;
segunda dos es mi niño;
musical es la *tercera*,
y el *todo* todas las flores
entre sus hojas ostentan.

(Las soluciones en el próximo número.)

(1) Poesía remitida por su autor para su insercion.

MADRID.—Lit. de N. Gonzalez, Silva, 12.